

CARACTERÍSTICAS DE LOS TERCIOS ESPAÑOLES

Considerados como los herederos de las legiones romanas, estas unidades se basaban en la pica y el arcabuz para aplastar brutalmente a sus enemigos.



AUGUSTO FERRER-DALMAU

Rocroi, el último tercio

Los Tercios fue la mejor infantería europea durante casi 150 años. Armadas con un arrojo incuestionable y una lealtad absoluta hacia su rey, estas unidades –consideradas por algunos como las herederas de las legiones romanas- acababan con sus adversarios lanzando sobre ellos un vendaval de plomo y un mar de picas.

En un tiempo en que España necesitaba defender sus territorios europeos con soldados fiables, los soldados de los Tercios demostraron de lo que era capaz un militar resuelto y experimentado. Así, con la Cruz de Borgoña a sus espaldas y una daga en su cinto, estas unidades se labraron una reputación que, todavía hoy, les hace contar con un lugar privilegiado en la Historia.

«Los Tercios Españoles eran una perfecta combinación de las distintas unidades militares de la época, formadas por veteranos soldados y mandados, la mayoría de las veces, por buenos oficiales. Además, no se trataba de simples mercenarios a sueldo, eran hombres de honor, leales a su rey y unidos por una fervorosa fe católica. Todo esto motivaba a las tropas en el campo de batalla, lo que unido a sus victorias les creó una gran reputación en toda Europa».

1. El nacimiento del Tercio

Para poner una fecha aproximada a la creación oficial de los Tercios es necesario retroceder en el tiempo hasta el S. XVI, momento en que cogió las riendas de España Carlos I (V) de Alemania. Nieto de los Reyes Católicos, a este monarca se le planteó la difícil tarea de mantener a sangre y fuego los territorios que había heredado en Milán, Nápoles y Sicilia.



Con Francia presionando para arrebatar estas regiones a Carlos I, al monarca no le quedó más remedio que reorganizar la infantería española que había en estas comarcas italianas. Así, aprestados para la defensa, nacieron los tres primeros Tercios: el de **Nápoles**, el de **Sicilia**, y el de **Lombardía**. Estas pioneras unidades tuvieron desde entonces el honor de ser conocidas como «Tercios viejos», y cada una contaba con un mando independiente.

Carlos V creó los tercios para resolver el problema administrativo de gestionar su instrumento militar: El número siempre creciente de compañías sueltas que necesitaba para defender a sus vasallos, primero de los franceses y luego contra los turcos.

2. Los primeros Tercios, los «viejos», fueron los de Nápoles, Sicilia y Lombardía

Sin embargo, en la actualidad todavía existen dudas sobre el año concreto en que los Tercios vieron la luz: «El ¿cuándo nacieron? es la pregunta del millón. Al parecer existe una especie de instrucción del Tesoro de 1537 que explica cómo se ha de pagar a cada hombre de los Tercios. También se dice que una disposición imperial de 1534 redistribuyó las fuerzas españolas destacadas desde antiguo en Italia en tres tercios, uno para el reino de Sicilia, otro para el de Nápoles y otro para el Estado de Milán o ducado de Lombardía, pero la verdad es que esos tres Tercios dejan fuera a Cerdeña, de la que Carlos V era también rey, y que tuvo un Tercio desde el principio.

Independientemente de la fecha, lo cierto es que estas tropas pronto demostraron su eficacia militar y administrativa. Al crear los Tercios nadie pensaba en una revolución militar, que es una expresión moderna que se aplica a casi todo. Lo que pasa es que al agrupar compañías y darles un jefe común y permanente con atribuciones explícitas y medios para imponer su autoridad, incluido el verdugo, se creó una herramienta de mando que se reveló eficazísima. Los Tercios demostraron ser una solución idónea administrativa, organizativa y de mando, y todo el mundo procuró copiarlos. Y a ello, claro, se unió la inmensa eficacia y calidad operativa que demostraron.

3. La táctica perfecta



El paso del tiempo garantizó la creación de nuevos Tercios y el perfeccionamiento de las técnicas de combate. Estas, concretamente, se tomaron del ejército suizo. Luchaban combinando de forma muy eficaz las armas blancas (picas, espadas) y las de fuego (arcabuces, mosquetes), llegando al punto de crear toda una leyenda entre los enemigos de las Españas como tropas invencibles desde comienzos del siglo XVI hasta mediados del XVII.

Los Tercios utilizaban tácticas muy innovadoras para la época, heredadas de las que empleaban las tropas de Gonzalo Fernández de Córdoba, el Gran Capitán. Su movilidad en el campo de batalla y su capacidad para adaptarse a cualquier situación no tenía parangón entre sus rivales y todavía se les considera como uno de los mejores ejércitos de todos los tiempos.

4. En las primeras filas se situaban los arcabuceros y mosqueteros

Tercios de Flandes



Concretamente, la estrategia que hizo a los tercios ganarse un hueco en el tiempo era sencilla pero efectiva. Primero solían abrir fuego los pesados mosquetes, normalmente a más de 100 m del enemigo.

Posteriormente disparaban los arcabuces a menor distancia y, a continuación, la gran masa de piqueros que avanzaban ordenadamente en cuadro formaban una barrera de hierro bajando sus largas picas apuntando a las tropas atacantes.



Eran como gigantescos erizos de acero, madera y cuero que maniobraban en el campo de batalla de forma aterradora. Junto a estos escuadrones de piqueros avanzaban por los flancos las “mangas” de arcabuceros, grupos más reducidos de soldados con armas de fuego que se disponían dependiendo de la situación y los movimientos de las tropas», añade el experto.



Esta sencilla táctica acabó con las pretensiones de la esquila caballería pesada, la cual, a base de armadura y lanza, solía aplastar sin dificultad a la infantería. La llegada de la pica terminó con su dominio, pues, si los jinetes trataban de asaltar la formación enemiga, se encontraban con un muro infranqueable de picas que derribaba sin esfuerzo a sus monturas.

A su vez, los Tercios solían hacer uso de una curiosa táctica con la que coger al enemigo desprevenido. Lo más peligroso era una práctica muy española, “la encamisada”, en la que un reducido grupo de los mejores hombres perpetraban incursiones por la noche en campo enemigo, armados tan solo con espada y daga, sin ninguna protección, ataviados con una simple camisa blanca (de ahí el nombre) para distinguirse de los contrarios. Estos ataques puntuales eran muy efectivos, se trataba de sabotear los campamentos del enemigo, “clavar” los cañones y causar las mayores bajas posibles».

5. Cuando los enemigos llegaban, los piqueros enarbolaban sus armas



No obstante, no todo era combatir cuerpo a cuerpo contra el enemigo, sino que también destacaba el Tercio era en su disciplina a la hora de llevar a cabo las acciones cotidianas: Lo que hay que tener claro es que no todo era batalla; más bien casi nunca era batalla. Lo normal, lo de todos los días, eran las marchas y las guardias en la muralla o la estacada. Las operaciones más comunes eran la exploración, las emboscadas y las sorpresas. Las batallas, que hoy nos parecen abundantes, es que se produjeron y salpicaron la Historia a lo largo de 170 años, pero eran cosa excepcional. El Duque de Alba dejó claro que no debía aceptarse batalla que no se estuviera cierto de ganar.

6. La pica, el arma básica

Con todo, si por algo se hicieron famosos los Tercios fue por su arma básica, la pica, una extensa lanza de entre cuatro y seis metros con la que se detenía el avance de la caballería y se atacaba a los soldados enemigos que combatían a pie. Los piqueros se distribuían en picas “armadas”, que ocupaban las primeras filas y llevaban más protección (casco, peto y falderas de metal) -generalmente

veteranos-, y las picas “secas”, los de las filas del fondo, peor ataviados, con poca protección y menor experiencia en combate.



Como no podía ser de otra forma, la vida del piquero era de las más sufridas de la compañía, sobre todo si era un «soldado bisoño» (un nuevo recluta). Y es que, cuando un «afortunado» entraba a formar parte de un Tercio, y a menos que tuviera experiencia con armas de fuego, recibía un escaso adelanto de su sueldo para comprar la pica. A continuación, y si no contaba con dinero para adquirir la media armadura y el morrión –el casco característico de estas unidades-, era nombrado «pica seca».

Pero, independientemente del grado que tuviera cada integrante de la compañía, todos los soldados estaban orgullosos de pertenecer al Tercio y poder combatir y sangrar por su rey. El soldado de los Tercios era admirado y temido. Y lo sabía. También eran engreídos y pendencieros y a la menor ocasión solían echar mano del acero para “aclarar” sus diferencias.



En esto también eran muy respetados en toda Europa, la “destreza española” con la espada ropera y la daga de mano izquierda era bien conocida.

7. Última defensa

Los combatientes también contaban con una amplia selección de armas blancas con las que, llegado el momento, defenderse en un combate a corta distancia, si la formación de picas flaqueaba. Todo soldado dominaba el combate individual con espada y daga. La daga era la segunda arma blanca que portaban los españoles y era muy resolutiva.

La daga era una de las armas que, a pesar de su tamaño, daban ventaja a los españoles durante el combate. Este pequeño cuchillo solía usarse en combinación con la espada, buscando, en primer lugar, detener las acometidas del enemigo y, en segundo término, atacar el costado del contrario.

8. Armas desechadas



A su vez, y durante algunos periodos de la historia, los Tercios hicieron uso de todo tipo de armas para el combate cuerpo a cuerpo. Dependiendo de la época, sobre todo en el siglo XVI había unidades de rodeleros, armados con espada de punta y corte y rodela (escudo pequeño de metal), protegidos por medio arnés (armadura completa de la parte superior del cuerpo). Los rodeleros españoles eran temibles en los choques y podían combatir entre las filas de piqueros, así como los “doblesueldos”, que usaban el “montante”, una gran espada con la que abrían brechas en las líneas enemigas, pero esta arma solo se usó a comienzos del XVI y posteriormente parece que su uso era ornamental y en desfiles.

Al final, el paso del tiempo acabó con estas unidades. Hay que tener en cuenta que los Tercios ocupan casi dos siglos de la historia de España por lo que su estructura y armamento varió notablemente desde su creación en 1534 hasta su conversión en regimientos en 1704. En sus primeros tiempos todavía se usaban ballestas, espadas y rodelas, pero poco a poco fue evolucionando su estructura debido a las mejoras de las armas de fuego.

9. Vendaval de plomo

En último lugar, para atacar a los enemigos a distancia y cubrir los flancos de los piqueros se encontraban dos tipos de soldados. Los que portaban armas de fuego se dividían en mosqueteros -con armas de 7 a 12 kg tan pesadas que necesitaban una horquilla en la que apoyarse- y arcabuceros, con arma más ligera, de unos 5 kg, que se podía disparar desde el hombro sin horquilla. Para las armas de fuego se usaban 12 cargas de pólvora en tubos de madera unidos a un correa, que popularmente se denominaban “los doce apóstoles”».

No obstante, la diferencia, se fue desvaneciendo con el paso del tiempo: Entre arcabuceros y mosqueteros hubo diferencia sobre todo al principio, cuando hacia 1567 el duque de Alba bajó a las compañías los mosquetes, un arma grande y pesada que hasta entonces solo se había usado en defensiva y desde las murallas. Pero al correr del tiempo esta diferencia se desdibujó: los arcabuceros, que eran la infantería ligera y a pie, se montaron a caballo, y los mosqueteros (a los que Alba llamaba "guarnición") bajaron de la muralla para luchar a pie con las compañías.

10. Un ejército sin uniforme

En cuanto a la vestimenta, los Tercios no se caracterizaron en su primera etapa por contar con un uniforme concreto. En la práctica, cada soldado hacía gala de los ropajes que buenamente podía conseguir y,



únicamente después de saquear una ciudad o recibir la paga, adquirirían algún elemento para adornar su indumentaria. En la primera etapa, los Tercios sólo disponían de un distintivo rojo. Así, la única similitud al vestir era que los piqueros no solían hacer uso de la casaca mientras que, por su parte, los mosqueteros sustituían los pesados morriones y cascos por sombreros de ala ancha. Sin duda, no hacían gala de un fino gusto al vestir, pero no necesitaban caros ropajes para acabar con los enemigos de España.

A su vez, una de las pocas distinciones que llevaban los soldados para diferenciarse del enemigo era una pequeña banda roja en el brazo, color que también solían utilizar los piqueros para forrar el asta de sus armas. Este atuendo se mantuvo aproximadamente hasta el S. XVII, momento en el que se reglamentó un color para las casacas de algunos Tercios.

11. El final de una leyenda

Pero de nada valieron las innumerables victorias de los Tercios, pues crueles reveses como Rocroi y la falta de dinero acabaron condenando a estas unidades. «La muerte de los Tercios tiene fecha: Murieron a manos de Felipe V, que los disolvió y convirtió en regimientos que tenían a los capitanes "menos sueltos" más controlados por un mando más centralizado.



Si bien desaparecieron como tal, hoy en día perduran en la memoria popular gracias a las múltiples hazañas que protagonizaron a base de pica y arcabuz. Aunque los Tercios murieron en cuanto solución temporal -y muchísimo tiempo exitosa- para un problema administrativo y táctico, su espíritu sobrevivió y perdura hasta nuestros días en los bellísimos versos de Calderón y en las fórmulas de las Ordenanzas de Carlos III y del primer borrador de las Ordenanzas de Juan Carlos I. Los espíritus del Credo Legionario o la Oración de los paracaidistas son retoños actuales del viejo espíritu de los Tercios.

Los Tercios fueron durante casi dos siglos el nervio de la Monarquía Católica, sólo el 8 % de su ejército, pero el núcleo insustituible que resolvía la papeleta y daba la victoria. Y eso es mucho para una nación despoblada que en aquellos siglos se impuso al mundo y mantuvo en paz América, un continente entero, cuando más, con menos de 4.000 soldados. Los Tercios fueron un prodigio de eficacia organizativa.

12. Antecedentes del Regimiento Soria nº 9

El Regimiento de Infantería Ligera «Soria» nº 9 es un regimiento de infantería del Ejército de Tierra Español. Actualmente está ubicado en las Islas Canarias y es una de las unidades de la Brigada «Canarias» XVI (que a su vez pertenece al Mando de Canarias, MCANA). Su acuartelamiento se encuentra en la isla de Fuerteventura.

El origen del Regimiento se remonta a 1509 con la fuerza expedicionaria mandada al Reino de Nápoles por Fernando el Católico, para repeler los ataques franceses, bajo la denominación de Tercio de Zamudio en honor a su primer oficial al mando, Pedro de Zamudio.

Su estancia en tierras italianas le llevó a denominarse Tercio de Nápoles y así era conocido en 1513. Se consolida como tercio en 1537, cuando se organizan los llamados Tercios Viejos, y participa en las guerras de Alemania por orden de Carlos I en ayuda de Hungría, las guerras de Flandes, destacándose en la Batalla de San Quintín y la toma de Amberes por las tropas españolas. Es embarcado en la Armada Invencible en el fracasado intento de atacar Inglaterra.



En 1590, un acto de sublevación hace que Alejandro de Farnesio ordene su disolución. Con las mismas fuerzas se reorganiza en 1591 con el nombre de Tercio Departamental de Bramante, que conserva con el añadido de «número 3». Es un periodo de febril actividad militar, situándose la unidad en combate en distintas expediciones en

Flandes de nuevo, Alemania, Francia, así como en la Guerra de Sucesión Española entre la Casa de Austria y los Borbones.

En 1715 adquiere el más actual nombre de Regimiento de Infantería Soria nº 3. La denominación se mantiene, aunque cambiará su número a «8» y «9» en distintos momentos. En este tiempo participa en todas las operaciones militares significativas de España: Gibraltar, revuelta en Perú de Túpac Amaru y la Guerra de los Pirineos.

La Guerra de la Independencia española supone un cambio fundamental en todo el ejército español, que se desmorona ante la invasión napoleónica. Interviene en la Batalla de Vich y la defensa de Tortosa, siendo hecho prisionero todo el Regimiento. Tras fugarse, en 1811 toma el nombre de Regimiento de Infantería Ausona nº 8 y posteriormente la numeración pasa a 11, continuando la lucha contra el ejército francés en distintos puntos como Graus y Olot.

Durante el Trienio Liberal en el reinado de Fernando VII se le conoció como Batallón de Infantería nº 21, 22 y Regimiento de Infantería Extremadura nº 8.

Al final del reinado de Fernando VII vuelve a cambiar su denominación por la de Regimiento de Infantería nº 8 y en 1834 se modifica nuevamente la numeración a 9. Casi durante cien años mantendrá ese nombre. Durante el reinado de Isabel II intervendrá en el bando liberal cristino en la Primera Guerra Carlista en distintos frentes como el sitio de Bilbao o el sitio de Morella. En la Guerra de África su papel es destacado al servir la unidad al mando de Leopoldo O'Donnell en los combates decisivos.



Capitán del regimiento de Soria en 1768.

De 1873 a 1876, de nuevo contra los carlistas, destacará en la Batalla de Treviño. Participó en la Guerra hispano-americana en la isla de Cuba, dentro de la División de Defensa de La Habana. Igualmente lo hace en África durante la dictadura de Primo de Rivera contra Abd el-Krim entre 1921 y 1923.

En 1931 durante la Segunda República Española se unifica con otras unidades, denominándose Regimiento de Infantería nº 9 y Regimiento de Infantería Granada nº 9, nombre con el que actúa en la Guerra Civil en el bando nacional en Sevilla, ocupación de Andalucía, la Batalla de Madrid y el frente de Aragón y Cataluña.

Recupera su nombre asociado a Soria nº 9 en 1944, nombre que pierde de 1959 a 1963 por el de Agrupación de Infantería Soria nº 9. En este periodo toma parte en la Guerra de Ifni. Se le denominará después de distintas formas: Regimiento de Infantería Mixto Soria nº 9, Regimiento de Infantería Mecanizado Soria nº 9. En este periodo, tuvo su base en la ciudad de Sevilla, primero en el antiguo convento de San Hermenegildo, que se hallaba donde hoy se encuentra la plaza de la Gavidia, y desde la primavera de 1957 hasta su traslado a Canarias el 31 de diciembre de 1995, en el desaparecido cuartel de San Fernando, que se encontraba donde hoy están las cocheras de TUSSAM.3 Finalmente, adquiere su actual denominación de Regimiento de Infantería Ligera Soria nº 9 en abril de 2006, con destino en Canarias.

En 2013 se organiza en su seno la Sección de Operaciones en el Desierto, formada como una unidad motorizada y autónoma de 38 efectivos preparada para realizar operaciones de hasta cinco días en entornos desérticos.